MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

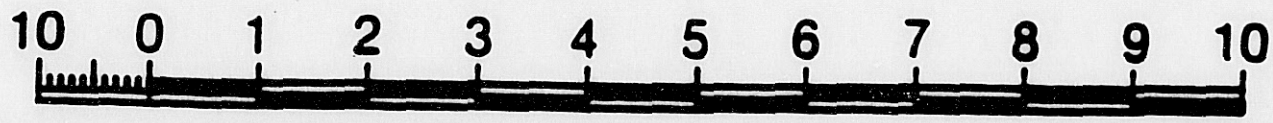
BIBLIOTECA NACIONAL

Paseo de Recoletos. 20
28071 Madrid
Teléf.: 580 78 00
Telefax: 577 56 34

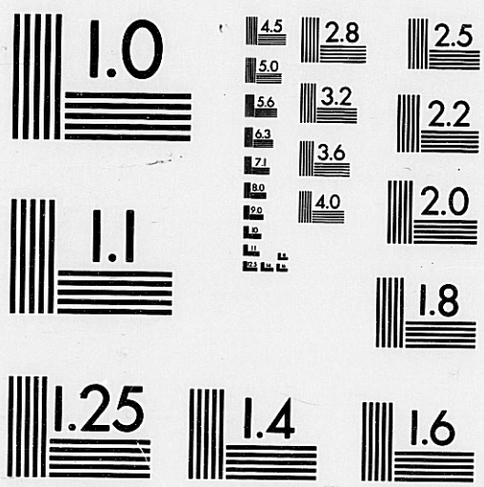
SIGNATURA: 1
236089
1 - 12

REDUCCION: 7

ESCALA GRAFICA



Paseo de Recoletos. 20
28071 Madrid
Teléf.: 580 78 00
Telefax: 577 56 34



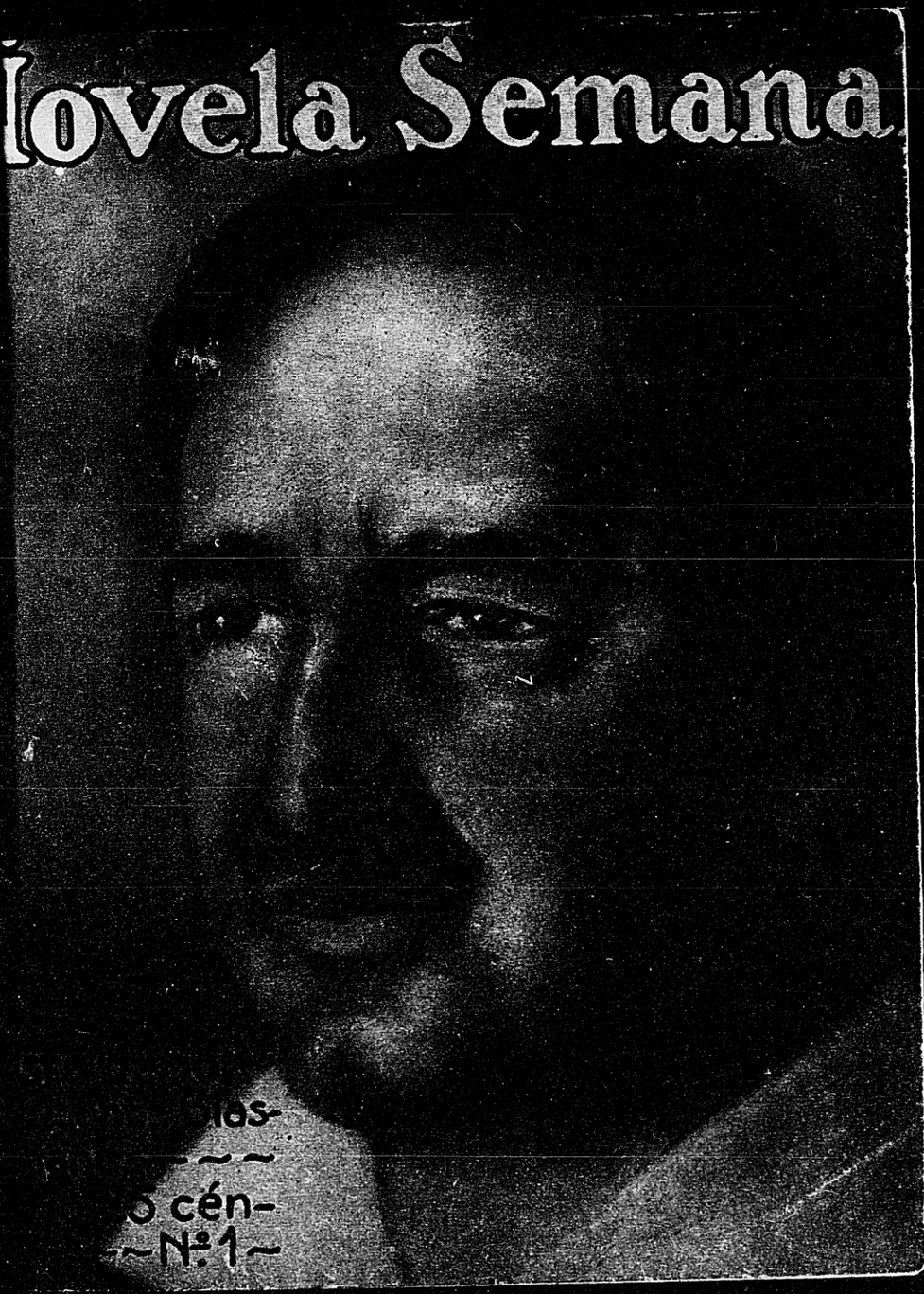
MICROCOPY RESOLUTION TEST CHART
NATIONAL BUREAU OF STANDARDS
STANDARD REFERENCE MATERIAL 1010a
(ANSI and ISO TEST CHART No. 2)

1
236089
(1-12)

BIBLIOTECA
RADRID

1 al 12

lovela Semana



...las-
...cén-
...Nº 1-

47/15 56525

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 25 DE JUNIO DE 1921 NÚM 1

PUESTA DE SOL

Novela de Vicente Blasco Ibáñez

ILUSTRACIONES DE OCHOA

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57 - MADRID

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

AL PÚBLICO

Ni soy libro, ni periódico, ni Revista ilustrada. Y, sin embargo, tengo del libro casi el tamaño y es posible también que la densidad del contenido; de la Revista, el precio, el cuidado en la presentación y los grabados, y del periódico, la intermitencia y la formal cualidad de la aparición á plazo fijo.

Y soy, ante todo, una nueva hija espiritual de la unánime y tenaz voluntad de los mismos hombres que crearon Prensa Gráfica. Conmigo, los que dieron vida á mis hermanos "Mundo Gráfico", "La Esfera" y "Nuevo Mundo", van, una vez más, á la conquista del público, cuyo favor constante ha podido hacer de aquellas revistas un noble motivo de orgullo para el periodismo español.

Rimando con la condición femenina de mi título, tengo un alma generosa y bohemia. Quiero decir, acogedora y libre de toda tutela, con lo que queda sentado que mis páginas están abiertas á todas las orientaciones y que carezco de dómine que me rija y de director que me sujete á su censura.

Libre y de amplio espíritu, como el verdadero arte, quiero ser. Yo brindo los brazos blancos de mis páginas y la velocidad difusora de mi gran tirada á todos los escritores y dibujantes españoles. He elegido mis huéspedes entre los mejores y los más reputados.

Como yo sólo he de poner en la empresa mi cuerpo material, y el alma—que es lo mejor— la aportarán novelistas y dibujantes, dicho está que si fracaso, culpa de los que mal me utilicen será. Si triunfo, á ellos deberé el orgullo de verme halagada y el placer de ser su mediadora con el público; si arrastro una vida lánguida, cárguese el sambenito de la vulgaridad sobre los que no quisieron ocuparme ó me llenaron sin buen éxito.

Pequeña, no fea y con buen alma, me brindo á todos; que mi leve tomo sea codicia de espíritus curiosos, recreo de cultos, solaz de frívolos, enemigo del tedio y entretenimiento de la inquieta avidez de arte y de emoción que llena el espíritu del lector moderno.

Aspiro á ser agradable pasatiempo en manos del varón culto, y gustoso motivo de distracción entre los pulidos dedos femeninos.

Si se frustra mi intento, vayan las culpas no á la intención que me hizo, sino á la escasa habilidad de los que mal me emplearon. Cuerpo vestido al que darán soplo de alma los demás, sin ella seré cosa inanimada, fría y sin corazón.

Que escritores y artistas acierten en animarme y que yo medre sin el lastre del aburrimiento, que es el peor para toda buena jornada de arte. Así sea.

LA NOVELA SEMANAL

PUESTA DE SOL

I

La duquesa de Pontecorvo dejó su automóvil á la entrada de Roquebrune. Luego, apoyándose en el brazo de un lacayo, empezó á subir las callejuelas de este pueblo de los Alpes Marítimos, estrechas, tortuosas y en pendiente, con pavimentos de losas azules é irregulares, incrustadas unas en otras. A trechos, estas callejuelas se convertían en túneles, al atravesar el piso inferior de una casa blanca que obstruía el paso, lo mismo que en las poblaciones musulmanas.

Todas las tardes de cielo despejado, la vieja señora subía desde la ribera del Mediterráneo para contemplar la puesta de sol sentada en el

jardín de la iglesia. Era un lugar descubierto por ella algunas semanas antes, y del que hablaba con entusiasmo á sus amigas

Una vanidad igual á la de los exploradores de tierras misteriosas la hacía soportar alegremente el cansancio que representaba para sus ochenta años remontar las cuestas de estas calles de villorrio medioeval, por las que nunca había pasado un carro, y que no se prestaban á otro medio de locomoción que el asno ó la mula.

Tenía la duquesa la flácida obesidad de una vejez que se resiste á la momificación, y sólo podía andar apoyándose en una caña de Indias con puño de oro, recuerdo de su difunto marido el duque de Pontecorvo, mariscal de Napoleón III y héroe de la guerra de Italia contra los austriacos. A pesar de la hinchazón de sus piernas, se movía con cierta vivacidad juvenil, que delataba las impaciencias de un carácter inquieto y nervioso.

Su rostro guardaba los lejanos reflejos de una belleza majestuosa; una belleza «estilo María Antonieta», como decían los aduladores de su ancianidad; pero la nariz que había sido aguileña caía ahora sobre la boca con una pesadez grotesca, y

sus ojos azules estaban empañados por el lagrimeo de la decrepitud. Por debajo de su capota asomaban los rizos de una cabellera blanca, excesivamente abultada para ser natural.



En su persona, vestida de negro con aristocrática modestia, lo que atraía inmediatamente la atención, lo que la hacía ser reconocida por todos, era su collar, un famoso collar que sólo podía

ser el de la duquesa de Pontecorvo: millón y medio en perlas, según cálculo de los entendidos.

Tenía la forma ancha de los llamados «collares de perro», y al mismo tiempo que deslumbraba como joya, servía de corsé al cuello, sosteniendo y disimulando las blanduras de la piel. Por abajo intentaba ocultar un manojo de tendones rígidos; sobre su filo superior se desbordaban los colgantes bullones de las mejillas, cuyo antiguo tono de rosa era en el presente un morado lívido.

Entró en la iglesia, desierta á estas horas, y el lacayo, abandonando su brazo, quedó en respetuosa inmovilidad junto á una puertecilla lateral. Esta abertura proyectaba sobre las baldosas del templo un rectángulo de sombras azules, perforadas por redondas manchas de sol, iguales á monedas de oro.

El doméstico sólo llegaba hasta allí, pues la duquesa quería permanecer sola en sus dominios recién descubiertos. Y saliendo de la iglesia por la puertecilla del jardín, siguió un estrecho sendero bordeado de plantas, golpeando con su bastón el pavimento de ladrillos rojos, desnivelados por el tiempo y las lluvias.

Amaba el pequeño huerto clerical por la se-

ducción que ejercen en nuestra vida los rudos contrastes; porque era todo lo contrario del majestuoso y ordenado jardín que rodeaba su vivienda, abajo, junto á la azul llanura del Mediterráneo.

En esta terraza de la montaña adosada á la pequeña iglesia, todo crecía en libertad: los rosales confundían sus ramas y sus flores enmarañándose hasta formar un matorral, espinoso y perfumado; los árboles, faltos de espacio, se apoyaban unos en otros, retorciendo sus troncos; las flores silvestres disputaban el suelo á las cultivadas con una audacia agresiva de parásitas llegadas al capricho de los vientos; la vida animal—hormigas, avispas y escarabajos multicolores—zumbaba ó se arrastraba en filas ondulantes, á través de la reducida selva.

La duquesa iba paladeando de antemano con su imaginación el panorama inmenso que la esperaba algunos pasos más allá, detrás de las parras en desorden que hacían inclinarse su cabeza y de los árboles frutales que avanzaban sus ramas como si pretendiesen cerrarla el paso. Iba á ver el mar desde aquel balcón natural, á una altura de varios centenares de me-

tros; un Mediterráneo más inmenso que el que contemplaba desde su villa al borde de la costa. Admiraría, además, el ondulado contorno de los Alpes al sumir en el abismo azul sus últimas estribaciones, formando golfos, penínsulas y promontorios.

A lo lejos, las montañas de la ciudad de Niza, invisible desde allí, recortaban sus cumbres como bloques negros sobre el cielo enrojecido por el sol poniente; más cerca y en la orilla del mar, se alzaba el peñasco de Mónaco, con la vieja ciudad sobre su lomo; después, la meseta de Monte-Carlo, cubierta de palacios y jardines, y á los pies de ella, obligándola á bajar los ojos, la península de Cap Martín, con la villa, entre copudos pinos edificada por el difunto mariscal, duque de Pontecorvo. En la misma península cubierta de árboles, que era como un jardín avanzado sobre el mar, estaba la villa de su amiga y protectora Eugenia, antigua emperatriz de los franceses, y otras viviendas de príncipes y monarcas destronados. También estaba el enorme palacio del americano John Baldwin, poderoso rey de la industria y de la minería, que muchos consideraban el hombre más rico de la tierra.

Siguió la vieja señora por entre ramas que se iban cerrando á sus espaldas. Iba á llegar á un pequeño cenador cubierto de enredaderas, desde el cual se abarcaba el portentoso conjunto de la Costa Azul que ella había evocado ya en su ima-



ginación. Permanecería allí una hora, contemplando la lenta y dulce muerte de la tarde. Nadie vendría á turbar su melancólico aislamiento en este tranquilo jardín de cura, frente al ocaso que despierta los más suaves recuerdos del pasado y

evoca lo que fué y no volverá á ser, como una melodía dulce y moribunda, como un perfume casi desvanecido.

Experimentaba el egoísta deleite de un monarca melómano que hiciese cantar una ópera en un teatro cerrado, sin otro espectador que él mismo, perdido en el fondo de un palco. ¡Para ella toda la suave agonía de la muerte del sol, y el luto purpúreo del cielo y de las aguas, en uno de los lugares más hermosos de la tierra!...

Cuando iba á entrar en el cenador respiró un perfume de tabaco, confundido con el de las flores. Detrás de las enredaderas sonó una tos. Un hombre había invadido sus dominios y estaba contemplando el inmenso paisaje, como si le perteneciese. Además, le enviaba las bocanadas de humo de su cigarro.

La duquesa hizo un gesto de contrariedad, y hasta sintió deseos de protestar, como si fuese víctima de un despojo. Pero inmediatamente sonrió, con una amabilidad algo exagerada, al reconocer al intruso.

—¡Oh, míster Baldwin!... ¡Qué agradable sorpresa!...

II

Cuando de tarde en tarde el multimillonario John Baldwin venía á pasar unas semanas en su palacio de Cap Martín—comprado desde Nueva York sin conocerlo y guiándose por fotografías—, toda la atención de la Costa Azul se concentraba en su persona.

Desde Cannes á Menton no existía un invernante superior á él, y eso que siempre vivían en las villas y hoteles de la ribera mediterránea varios monarcas destronados ó en vacaciones, y algún presidente de república hispanoamericana recién huído de su país en revolución.

Las autoridades le escribían solicitando su apoyo para obras benéficas; las sociedades le enviaban comisiones para saludarle, pidiéndole de paso una subvención; los organizadores de conciertos y funciones teatrales procuraban colocarse bajo su patronato.

El poderoso millonario er se mejante á Dios,

que no se deja ver, pero se hace sentir con sus obras. Los que entraban en su hermoso palacio salían sin conocerle, pero habían hablado con uno de sus secretarios y éste desaparecía á las primeras palabras volviendo poco después con un cheque en la mano.

A veces, los que habían conseguido ver personalmente á Baldwin lo señalaban en un paseo de Niza, en una de las salas de juego de Monte-Carlo, en un camino pintoresco de la montaña. «Ese es el millonario Baldwin.» Y la gente acogía siempre tal revelación preguntando con extrañeza: «¿Ese viejo que tiene aspecto de pobre?...»

Iba vestido con modestia. En sus garages de Cap Martín tenía varios automóviles de las marcas más célebres; pero casi siempre iba á pie.

Sus secretarios eran *gentlemens* de refinada elegancia. Al millonario le complacía que le tomasen por un servidor de ellos, apreciando el aspecto señorial de sus empleados y sus ayudas de cámara, como un reflejo de su propia grandeza.

Cuando las gentes querían describir el poder de este hombre de aspecto humilde y poco propenso á aceptar las manifestaciones de la públi-



ca admiración, decían simplemente: «Es el hombre más rico de la tierra.» Los que estaban versados en los negocios, afirmaban con un temblor de emoción: «Es un señor que siempre tiene inmovilizados en su cuenta corriente sesenta millones de dólares, no sabiendo qué hacer de ellos.» Y era verdad.

Cuando le hablaban de esta riqueza inactiva, en las contadas reuniones á que se dignaba asistir, respondía con un gesto de cansancio. El dinero le abrumaba: ¿qué podía hacer con él? Le era imposible colocarlo en negocios que fuesen más fructuosos que los suyos. Y como sus empresas industriales y mineras no podían desarrollarse más, ni exigían nuevos capitales, la mayor parte de sus enormes ganancias se iba amontonando en forzosa improductividad.

La duquesa de Pontecorvo lo conoció desde que vino á instalarse en Cap Martín, cerca de su propia villa. Fué una amistad de dama vieja, famosa en otros tiempos y ahora olvidada, con un rico cuyo nombre era célebre en el mundo entero.

Los tiempos presentes resultaban distintos á los de su juventud. Después de la última guerra

ya no quedaban emperadores en Europa, y los reyes, para seguir viviendo, tenían que imitar la existencia democrática de un presidente de república. Los multimillonarios como Baldwin eran ahora los señores del mundo. Y ella, que se consideraba empobrecida en su vejez, por haber tenido que dar á los hijos la mayor parte de su antigua fortuna, teniendo que soportar una «pobreza dorada» que sólo le permitía abandonar muy de tarde en tarde la villa de Cap Martín, experimentó como todos un respeto irresistible hacia este potentado de los tiempos presentes. De aquí su sonrisa algo humilde y sus palabras, al reconocer en el intruso á míster Baldwin: «¡Qué agradable sorpresa!»

Siempre lo había encontrado en salones, á la hora del té, bajo la iluminación sabiamente graduada por las dueñas de casa que ya no son jóvenes y temen la luz cruda é indiscreta de un país solar. Ahora podía verlo mejor al aire libre, en este jardín silvestre que daba un reflejo verdoso á las personas y los objetos.

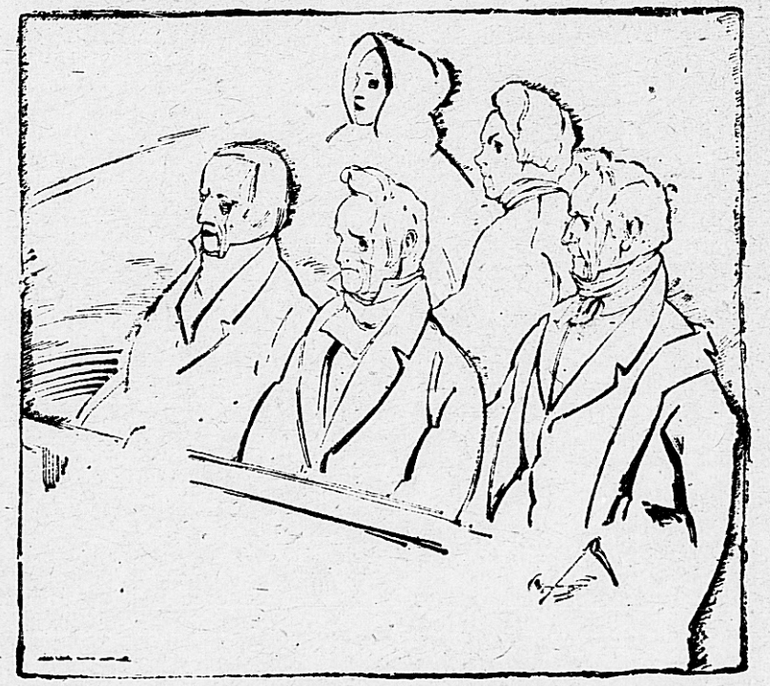
Era tan anciano como ella ó tal vez tenía algunos años más; pero se mostraba fuerte, gracias á una vejez dura, enjuta y elástica, en la que

los dientes del tiempo apenas marcaban su huella, como si mordiesen una espada de buen temple. Debía haber sido grande de estatura y de un vigor atlético, pero los años lo habían achicado y adelgazado, dándole ese acartonamiento que repele los asaltos de la enfermedad y retarda el triunfo de la muerte.

Su traje de obscuro azul no era amplio, y sin embargo se movía dentro de él como si perteneciese á otro. La flacura de su cuello hacía más enorme su cabeza. Tenía la frente abombada y su nariz caía con pesadez, lo mismo que un fruto maduro, sobre la boca hundida por los años. La mandíbula inferior, saliente y poderosa en la juventud como un testimonio enérgico de voluntad arrolladora, se había desarrollado exageradamente en la vejez hasta recordar las de ciertos monarcas de la dinastía austriaca.

Sus ojos eran el último recuerdo de su pasado físico, pareciéndose en esto á muchas ancianas que fueron hermosas y sólo conservan algo de su hermosura muerta en la mirada. Se podía afirmar que los ojos de este hombre habían sido agresivos en los malos momentos, y de una fijeza que desconcertaba á los hombres, obligándo-

les á bajar los suyos. Sus pupilas, dotadas de una tenacidad imperturbable, habían influído en la marcha de los sucesos. Pero ahora estos ojos, que muchas veces fueron duros, parecían



esforzarse por ocultar su pasado, acariciando con una mirada fríamente mansa las personas y las cosas.

Al ver á la duquesa, Baldwin se puso de pie, arrojando en el vacío su grueso cigarro. Era un

habano martirizado por los dedos y con la punta deshilachada bajo el incesante mordisco de sus dientes cubiertos de oro.

Mientras estrechaba la mano de la dama, explicó su inesperada presencia en este rincón. Había oído hablar á la duquesa del jardín de la iglesia de Roquebrune y del magnífico panorama que se abarcaba desde él.

—Fué la otra tarde, en el té de mis compatriotas los Carleton, y hoy he sentido la necesidad de conocer esta maravilla... ¡Muy hermoso!

Se habían sentado los dos junto á la baranda rústica de troncos, viendo á sus pies el mar, los pueblos de la costa y las últimas estribaciones de los Alpes.

A lo largo de los hilos blancos de los caminos se deslizaban numerosos automóviles, achicados por la distancia, hasta parecer insectos. El ferrocarril que iba hacia París y el que se dirigía á Italia, corrían como escapados de una caja de juguetes. Estos movimientos de actividad entre las poblaciones á orillas del mar no iban acompañados de ruidos para los dos ancianos sentados en la altura. Las máquinas arrojaban vapor y rodaban guardando un absoluto silencio. En



cambio el tintineo de las esquilas de un rebaño de cabras que pastaba al pie del jardín, hacía temblar con una vibración melancólica el cristal del cielo vespertino. El Mediterráneo era de

un suave azul, mate y sin reflejos, más dulce á la vista que el mar cegador é hirviente de sol en las horas meridianas.

—Sí, muy hermoso—contestó la duquesa.

Y los dos quedaron en silencio, sintiéndose penetrados por la solemnidad del atardecer.

—Es una desgracia—continuó Baldwin—que haya que llegar á la vejez para conocer los placeres más dulces y tranquilos que la vida puede ofrecernos. Durante la juventud, las preocupaciones y las ambiciones nos tienen ciegos para muchas cosas. Me acuerdo de algunos hombres que si pudiesen abandonar en este momento los cementerios de Nueva York y venir hasta aquí, mostrarían asombro viendo cómo el viejo Baldwin contempla el mar y el cielo, lo mismo que uno de esos muchachos, faltos de inteligencia para la vida ordinaria, que se divierten haciendo versos.

La duquesa asintió con movimientos de cabeza, aunque sin adivinar lo que su acompañante quería decir.

—Usted, tal vez, ha necesitado igualmente que aumenten sus años para gozar con estos espectáculos. Una mujer es siempre más «poética» que

un hombre; además, en su juventud dispone de mayor tiempo que nosotros para las cosas sentimentales. Pero aun así, sospecho que ahora le preocupa á usted más la Naturaleza que cuando figuraba en las fiestas de las Tullerías.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Aprobó la duquesa otra vez, satisfecha de que un hombre tan poderoso se interesase por ella. Su antiguo orgullo de beldad cortejada pareció revivir. ¡El potentado Baldwin subía á este jardín humilde de iglesia, por habérselo oído mencionar en una reunión!...

Empezó á reconocer en este caudillo de negocios, educado lejos de las cortes reales, una delicadeza de sentimientos que le hacía superior á los hombres tratados por ella en su juventud. Y á impulsos del agradecimiento, habló de su pasado, como si Baldwin fuese un amigo antiguo.

Efectivamente: su existencia no era tan brillante como en otros tiempos; pero también ofrecía sus placeres, aunque más reposados y dulces.

—Yo he sufrido mucho, míster Baldwin. Las vidas son como las casas cuando se contemplan por fuera. Sólo el que las habita conoce verdaderamente lo que ocurre en su interior.

Recordó su brillante juventud, y el americano,

aunque conocía muchos de los sucesos de su existencia, la escuchó como si oyese su historia por primera vez.

La duquesa de Pontecorvo era español a de nacimiento. Emparentada con la emperatriz Eugenia, se había trasladado á París, figurando entre las bellezas juveniles que agrupaba la soberana en las lujosas fiestas del palacio de las Tullerías. Como su familia estaba arruinada, la emperatriz quiso casarla con alguno de los personajes de su corte, y el que mostró más interés por ella fué un mariscal que acababa de recibir el título de duque de Pontecorvo, por una victoria conseguida en la guerra que sostuvo Napoleón III contra los austriacos.

La duquesa no hacía un misterio de la desigualdad de gustos y caracteres entre ella y el rudo soldado que había sido su esposo. Pero la vida elegante de la Corte imperial amortiguó la diferencia entre ambos, haciendo tolerable á la española su nueva existencia.

Luego vino la caída del Imperio y la dispersión de todos los personajes brillantes que vivían á su sombra. El mariscal murió, agobiado por la ruina del emperador y los desastres mili-



tares de 1870, dejando á su viuda con dos hijos Luego, estos hijos habían constituído á su vez nuevas familias, llevándose la mayor parte de la herencia paterna, y la vieja dama acabó por huir de un París que ya no era igual al de su juventud y la entristecía al evocar sus melancólicos recuerdos.

Había venido á instalarse en Cap Martín con el propósito de pasar el resto de sus años en la antigua mansión invernal de su época de esplendor. Esto le permitiría ocultar la disminución de su riqueza, viviendo al mismo tiempo entre las gentes de su antiguo mundo. De tarde en tarde su protectora y parienta la emperatriz volvía á Cap Martín, y ambas, vestidas de luto, hablaban de los amigos difuntos. Ahora acababa de morir Eugenia, haciéndola pensar este suceso en el corto plazo que le concedía la vejez para seguirla. De su pasado esplendoroso sólo había querido guardar aquel collar célebre. Le recordaba sus antiguas glorias, y despojarse de él equivalía á una declaración de pobreza.

—Dice usted bien, míster Baldwin—continuó—. La vejez tiene sus placeres y sus dulzuras. Yo conozco ahora algo que no tuve nunca en mis



tiempos mejores: la tranquilidad. Nada espero, y mis deseos los he reducido de tal modo, que no sé ciertamente si deseo algo. La vida ya no tiene

las alegrías vehementes de otros tiempos, pero tampoco sus dolores y sus inquietudes. No se conoce en ella lo que llamamos de jóvenes el amor; pero se encuentra la amistad, que es casi siempre algo más firme y duradero... ¡Si usted pudiera darse cuenta de las inquietudes que sufre una mujer cuando es tenida por hermosa é inspira deseos! Hay que vivir en alarma perpetua; resulta peligroso entregarse á la confianza; todo hombre que se aproxima por primera vez nos parece un adversario... Es la existencia inquieta del militar que manda una plaza, en torno de la cual rondan incesantemente los enemigos...

Ahora puedo hablar y vivir con una confianza y un abandono que no conocí en mis mejores tiempos. El hombre ya no es el enemigo. En realidad, á nuestros años no hay hombres ni mujeres: sólo hay compañeros. Al perder importancia el cuerpo se agrandan en nosotros todas las cosas inmateriales que llevamos dentro y que llaman alma.

Le confieso que algunas veces, al ver á las mujeres jóvenes y elegantes, recuerdo mis buenos tiempos y siento un principio de envidia. Luego



me arrepiento, diciéndome: «¿Por qué?... Ellas serán viejas á su vez; llegarán adonde he llegado yo.» En cambio, saboreo la paz de los años, la tranquilidad de una existencia dulcemente egoís-

ta en la que sólo nos preocupamos de vivir y de sentirnos vivir, conociendo placeres suaves, pero inéditos, que nunca pudimos adivinar en nuestra juventud. Créame, míster Baldwin: no me desespero al verme vieja, y tal vez usted, después de haber trabajado tanto y vivido una existencia tan intensa, piense lo mismo que yo.

El millonario repuso melancólicamente:

—¡Si fuésemos siempre viejos!... ¡Si no existiese la muerte!...

La duquesa, que hasta entonces había hablado con una viveza juvenil, bajó la mirada, contestando con una voz igualmente triste:

—Es verdad... ¡Ay, la muerte!

III

Hubo un largo silencio. El potentado lo cortó para expresar en alta voz todo lo que había pensado mientras escuchaba á la duquesa.

También en su existencia era rudo el contraste entre el pasado y el presente, pero no sentía desesperación al contemplar su inercia actual, después de una vida de tal actividad, que los más grandes negociantes de la tierra habían acabado por admirarle como el tipo perfecto del hombre de acción.

Su existencia ya no tenía motivo justificante para seguir desarrollándose. A John Baldwin no le quedaba papel en la vida. ¿Qué más podía intentar después de lo que llevaba hecho?... Y, sin embargo, seguía viviendo, porque la razón de la existencia humana se encuentra más allá de los cálculos y las conveniencias de los hombres.

—Usted, duquesa, no puede darse cuenta exacta de lo que son mis negocios y hasta dónde

han llegado. Como todo el mundo, sabe usted que soy muy rico; pero la palabra «rico» no puede abarcar toda la enormidad de mi riqueza. Para que yo me arruinase sería necesario un cataclismo que suprimiera la mayor parte de la humanidad civilizada. Tengo que limitar el rendimiento de mis minas y de mis fábricas, porque no quiero ser más rico. Dejo improductivos capitales enormes y desprecio negocios seguros, porque tengo de sobra el dinero y huyo de él.

Todo lo he sido, y lo que no fuí en el pasado puedo serlo mañana mismo si lo deseo. Pero ninguna de las cosas que tientan á los hombres puede atraerme ahora que soy viejo y mi inteligencia conoce la inutilidad de las vanidades humanas. No tengo hijos y mi principal ocupación es pensar en qué podré invertir mi riqueza para que sirva de algo después de mi muerte.

He fundado museos, bibliotecas y universidades. Doy mi dinero para establecimientos de caridad, aunque mi razón no me permite creer en la eficacia de la caridad. Pero esto no importa: como en algo he de invertir mi riqueza, la esparzo sin reparar en los pretextos que invocan los que me la piden. Estoy cansado de comprar



cuadros y de fomentar la publicación de libros. También me fatiga el subvencionar descubrimientos científicos é inventos mecánicos. ¡Grandes cosas, cuando se tiene el entusiasmo de la ju-

ventud y se cree en el porvenir! Pero ahora soy incapaz ya de entusiasmo, y en cuanto al porvenir...

Quedó silencioso largo rato el multimillonario, y al fin dijo con una voz triste y rencorosa:

—Sí; me interesa el porvenir, como me interesaban en mi juventud los negocios difíciles y misteriosos. Muchas veces, cuando veo en medio de la calle á un muchacho desarrapado que vende periódicos, ó encuentro en un camino de la montaña á un pastorcito que me pide limosna, siento una cólera envidiosa contra ellos; pienso en sus pocos años, que son una garantía de que vivirán cuando yo no viva.

«¡Ah, canallas—me digo—, vosotros veréis lo que no veré yo!» Y esto me basta para apreciar la inutilidad de mi riqueza y la ridiculez de esa admiración que á todos inspira. El famoso John Baldwin, con sus dos mil millones de dólares, no puede ver lo que verá el pilluelo que se pone á cuatro patas por recoger la colilla del cigarro que arrojó en la acera.

Recuerdo á veces la fecha del año en que vivo y me complazco en añadirle veinte años. ¿Qué son veinte años para cualquiera de los jóvenes

que nos rodean y están á nuestro servicio? La certeza de vivir veinte años la arriesgan tranquilamente por un placer, por una audacia alegre; y yo, John Baldwin, que me he visto buscado por los soberanos más grandes del mundo; yo, el rey del dinero, que algunas veces he influído en la guerra y en la paz de las naciones, aunque regalase todas mis riquezas, aunque reuniese á todos los sabios existentes, no conseguiría esos veinte años.

Volvió á restablecerse entre los dos viejos el melancólico silencio.

—Todo lo he sido, todo lo he tenido—continuó—, y por eso mismo la vida no ofrece ya para mí ningún encanto vigoroso... Sin embargo, quiero vivir, y me irrita la certidumbre de que no podré prolongar mi existencia á pesar de mis riquezas.

Es la falta de ocupación la que me hace pensar en estas cosas, viendo la realidad tal como es. Antes luchaba, sufría contrariedades, derribaba obstáculos. Los poetas y otros soñadores tienen ante los ojos el velo de la ilusión que les hace ver las cosas de un modo distinto á como son realmente. Yo, ambicioso lo mismo que to-

dos los conquistadores, sentí en otros tiempos el ansia de poder y esto me distraía y me entusiasmaba. Ahora, como no tengo nada que desear, el encanto ha desaparecido y veo la triste armazón de nuestra existencia como uno que viese el esqueleto á través del cuerpo de todos los qué le rodeasen.

Hace años esperaba con ansiedad las noticias, porque representaban el triunfo de mi orgullo ó mi ruina completa. He perdido cuatro veces mi fortuna, volviendo á rehacerla cada vez más grande. Ahora no experimento la más leve emoción cuando llega un cablegrama urgente. Sé que no hay noticia que pueda cambiar mi obra... Después de ganar una fortuna hay que sostener un segundo combate, más difícil y empeñado, para defenderla. Yo estoy más allá de estas preocupaciones: mi victoria resulta definitiva. Es tan grande y tan poderoso lo que conquisté, que ello solo se defiende y puedo abandonarlo al destino. ¿Qué me queda que hacer en la vida?...

La duquesa, acostumbrada á las conversaciones de salón, iba á hablarle de las obras caritativas que los ricos deben sostener; pero se contuvo al recordar lo que el poderoso americano



había dicho momentos antes. Baldwin no creía en la caridad, aunque la practicaba con aire distraído, dando su dinero á todos los que lo solicitaban. Consideró además inoportuno interrum-

pir con vulgares consejos aquella especie de confesión desesperada que hacía el millonario, influenciado por el ambiente melancólico del atardecer.

—Nada espero—continuó—, nada deseo, y, sin embargo, no quiero morir. La muerte me indigna como algo absurdo. ¿Quién podrá explicar esto? Todo en nuestra vida resulta complicado; todo misterioso; la sencillez es una ilusión. Unicamente son sencillas las cosas que tenemos junto á la mano, las que podemos abarcar con nuestros ojos de miope; todo lo que está más allá, es complicado por lo mismo que existe fuera de nuestro alcance. ¡Qué cosa triste es la muerte!...

Pasamos la vida repitiendo verdades sobre ella que datan de miles y miles de años; pero estas palabras acaban por ser comunes y las proferimos maquinalmente, de labios afuera, sin que despierten en nuestro interior ninguna imagen. Sólo cuando nos aproximamos á la muerte, en nuestra ancianidad, podemos verla tal como es y darnos cuenta de la miseria de nuestro destino.

Mentira el consuelo de la igualdad ante la muerte. Eso podrá ser cierto para la mayoría, compuesta de desdichados que pasaron una exis-

tencia de miserias. Representa para ellos la venganza final de la nulidad y de la envidia. Pero el hecho de que los vencidos mueran, ¿cómo puede consolarme á mí, que he triunfado y puedo seguir triunfando?...



Mentira también el comparar la muerte al sueño que necesitamos para la reposición de nuestras fuerzas. El que se duerme sabe que despertará mañana, y el que muere no despierta, ni sabe con seguridad si hay algo después de su

muerte. Las religiones, grandes consoladoras de la ignorancia humana, nos afirman que despertaremos; pero, ¿cómo probar esto de un modo palpable á los que no tienen la ceguera de la fe?...

Mentira igualmente el comparar nuestra vejez con el invierno. A continuación de sus días, fríos y tristes, se presentan con regularidad el renacimiento de la primavera y el esplendor del verano. Pero, ¿qué es lo que hay después de nuestro invierno? Todo hipótesis... Lo único que ven nuestros ojos es que el organismo se deshace y dasaparece, dejando un pálido recuerdo y un nombre que sólo dura unos cuantos años... Y después, la nada.

El anciano calló para volver su vista hacia el sol, que empezaba á hundirse detrás de las estribaciones de los Alpes. Al morir, esparcía por el horizonte nubes de polvo sonrosado, extendiendo al mismo tiempo una faja de oro sobre el mar de color violeta. Algunas cumbres de peñascos parecían arder, como si transparentasen un incendio interior.

El millonario señaló el sol con su bastón.

—Su muerte también es mentira. Sabe que despertará mañana y seguirá resucitando así mi-

les y miles de siglos. Por eso muere tan esplendorosamente, rodeado de un aparato teatral, lo mismo que los grandes actores que fingen sobre la escena las ansias de la muerte en el último momento de la obra, y piensan al mismo tiempo en la cena que les aguarda media hora después... Lo terrible es saber que nuestra muerte no tiene remedio, ni puede repetirse. Morimos una vez nada más, y para mayor tormento nos vamos de la vida al mismo tiempo que otros llegan á ella y nos codean violentamente con la embriaguez de su juventud.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Muchas veces, al ver los árboles seculares de las selvas, he envidiado su muerte lenta y resignada. No hay en torno de ellos una juventud insolente que excite su envidia. Todos los árboles parecen igualmente viejos y ven venir la muerte al mismo tiempo. Los seres humanos somos menos felices: todo está desarreglado en la existencia, y los viejos morimos rodeados de jóvenes, para que nuestra suerte nos parezca más cruel.

La duquesa continuaba asintiendo mudamente, por el respeto que le inspiraba el personaje; pero empezó á sentirse molesta ante la tenacidad

con que hablaba de la muerte. ¿No podían ocuparse de cosas más amenas, murmurando un poco de sus amigos residentes en la Costa Azul, y de ciertos amores entre gente joven que eran motivo de comentarios á la hora del té?... Le parecía de mal augurio hablar tanto de la muerte. Cuando se es viejo no hay que acordarse de ella. Sabe venir sola y no debe nombrársela, pues puede creer que la llaman...

Pero míster Baldwin, acostumbrado á hablar autoritariamente en las grandes reuniones de los capitalistas que dirigen el mundo, no era capaz de soportar objeciones, y la duquesa juzgó prudente permanecer en silencio. El americano siguió hablando, pero en voz baja y con la vista en el suelo, á impulsos de una necesidad de quejarse contra el destino.

—Nuestra vida es igual á un negocio disparatado; parece la obra de un loco ó de una potencia maléfica que se divierte martirizándonos. Tal vez es una simple combinación del azar, y así se explica su absurdo funcionamiento. De jóvenes trabajamos por abrirnos paso; nos seduce la conquista de la riqueza ó de la gloria, y para realizar nuestras ilusiones consumimos la frescura

de los primeros años y volvemos la espalda á los mejores placeres. Sólo triunfamos al ser viejos, y cuando poseemos, al fin, la riqueza y la



gloria, nos preguntamos de qué pueden servirnos...

Por una necesidad de arreglarlo todo lógica-

mente, el antiguo hombre de acción expuso en voz baja, como si se hablase á sí mismo, las correcciones que necesitaba el actual orden de la vida.

Los insectos eran más felices que el hombre. Baldwin lo había visto en los libros. Para estos animales la decrepitud y la fealdad de la vejez eran al principio de su existencia, cuando ofrecían el aspecto de larvas repugnantes, trabajando y ahorrando para el último período de su vida. En cambio, al final llegaba para ellos la juventud, convirtiéndose en mariposas vestidas de sedas multicolores que revoloteaban sobre los jardines para alimentarse con néctares florales, y cuando morían era en medio de una embriaguez primaveral, en pleno éxtasis de amor.

El debía haber sido anciano como en el presente, cuando trabajaba y se batía con el destino, para conseguir la riqueza y el poder. Y ahora que había triunfado, debería presentar el mismo aspecto que cuando sólo tenía veinticinco años y vagaba por la parte baja de la ciudad de Nueva York, á la caza del dólar, desesperadamente pobre, pero con la frescura de la juventud y el vigor intacto de un hombre de pelea. Así ha-

bría podido gozar verdaderamente de su triunfo.

—¡Pensar, duquesa—continuó—que pasé años



enteros sin ver la luz del día, metido en oficinas lóbregas ó en talleres llenos de humo, á las mismas horas que lucía el sol y había jardines en el

mundo y existía la primavera para los demás!... Ahora lo tengo todo; poseo los medios para suplir en ciertos casos á la Naturaleza; podría hacer surgir un paraíso sobre cualquiera de esas cumbres peladas que vemos desde aquí; podría conseguir que mujeres iguales á las que me hacían temblar de emoción en mi juventud, se interesasen actualmente por mi decrépita persona. ¡El poder del dinero es tan grande para los que no lo poseen y lo necesitan!...

Pero ya no siento deseos: hace mucho tiempo que empecé á morir. ¡Ay, el engaño de nuestra existencia!... La muerte nos toma de la mano casi en plena juventud y nos acompaña el resto de la vida retardando su golpe decisivo. Empezamos á morir á los treinta años, precisamente cuando sentimos las pasiones con más intensidad que en la adolescencia. El primer diente que cae, los primeros cabellos que se marchan, anuncian que empezó ya la evolución de nuestra muerte. Pero somos ciegos y sordos. Poseemos la esperanza, compañera que sólo nos abandona en el momento de la agonía, y hasta muchas veces morimos convencidos de que no podemos morir.

Cada uno se considera inmortal. Sabe que mo-

rirá, pero jamás cree que esto puede ocurrir en el día presente: su muerte sólo es posible mañana, y el tal mañana lo prolonga en el infinito.



Nos parece natural que los demás mueran, pero cada uno se subleva cuando le llega su hora, y se imagina que esta desgracia debe corresponder á otro. Yo mismo, que digo esto, no quiero mo-

rir, y hago planes diariamente basados en lo futuro, como si contase con una vida infinita. Somos sordos para la muerte y, sin embargo, hablamos de ella á todas horas.

Los jóvenes del presente, si nos escuchasen, no nos entenderían. Necesitan ser viejos para conocer con toda su verdad la miseria de nuestra existencia. Pero cuando les llegue á ellos su vez, tampoco les entenderán los jóvenes de entonces. Y así rodarán como olas generaciones y generaciones de esta humanidad que basa en la muerte sus creencias religiosas y continúa viviendo sin querer convencerse de que existe la muerte mientras goza de salud.

La duquesa le interrumpió para hablarle de la influencia benéfica de la ilusión, sin la cual sería imposible la vida, y el poderoso luchador hizo un gesto de asentimiento.

—Esa dulce mentira—dijo—es necesaria para que continuemos nuestra existencia. Todos avanzamos empujados por una ilusión; hasta los hombres que parecen más refractarios á la vida sentimental. ¡Si yo le dijese, duquesa, que á lo largo de mi historia existe una de esas ilusiones, un deseo que me ha devuelto la energía en los

momentos difíciles y me ha dado fuerzas para seguir adelante!...

Y el millonario, como si contase la historia de otro hombre, describió cómo era él cuando tenía treinta años.

IV

La guerra de Secesión le había hecho perder un tiempo precioso para sus negocios, pues por entusiasmo se convirtió en soldado. Luego ganó sus primeros miles de dólares y quiso viajar por Europa. Estuvo en el París de los últimos años de Napoleón III; visitó la famosa Exposición que fué como un resumen de la gloria imperial antes de que llegase la catástrofe.

—Y éntonces, duquesa, la vi á usted por primera vez, cuando todo París se ocupaba de su hermosura, de su lujo y sus fiestas.

—¡Oh, m'ster Baldwin!—interrumpió la anciana, conmovida por esta revelación— Debió usted haberse hecho presentar. ¡Hubiera tenido tanto placer en conocerlo de joven!...

El mayor de los ricos del mundo sonrió con una expresión de incredulidad. Se mostraba regocijado por la hipótesis de haber asistido en aquella época á las fiestas de la duquesa de Pon-

tecorvo, como si esto le pareciese altamente grotesco.

—El Baldwin de entonces, aunque joven y vigoroso, resultaba menos presentable que el viejo que conoce usted ahora. Era un pobre que estaba educándose á sí mismo, y acababa de hacer la guerra en un país cuyas costumbres han progresado mucho desde entonces. Sus maneras eran bruscas; tenía las manos deformadas por el trabajo... No; el John Baldwin de entonces hubiera hecho un mal papel en sus salones. Sólo le correspondía quedarse al borde de la acera, entre la muchedumbre de las fiestas de la Exposición, aguardando el paso de la comitiva imperial para ver en un landó, detrás de la emperatriz, á la duquesa de Pontecorvo, que estaba entonces en lo mejor de su juventud y su belleza.

—¡Oh, míster Baldwin!—suspiró otra vez la anciana, mirando al suelo, al mismo tiempo que la lividez de sus mejillas se extendía por el resto de su cara, substituyendo al rosa del antiguo rubor.

El americano siguió hablando.

—Desde entonces la conozco, y jamás la olvidé. Todos, para vivir, necesitamos poner los

ojos en una altura, y cuanto más inaccesible, mejor, pues de este modo se pueden conservar intactas las ilusiones que depositamos en ella. Para mí esta cumbre fué usted. Estamos en una edad, duquesa, que nos permite decirlo todo, sin las timideces de la adolescencia.

En mi época de peligros y trabajos, concentré toda mi ambición en realizar tres deseos, como resultado de mi victoria. Quería poseer un palacio rodeado de un parque inmenso, y un yate con el que pudiese navegar por todos los mares de la tierra... Mi tercer deseo, ó mejor dicho el primero, por resultar más vehemente que los otros dos, fué conseguir una mujer igual á la duquesa de Pontecorvo, ó ella misma, pues la vida ofrece á veces limosnas inesperadas con las que uno no se habría atrevido á soñar.

Palacios los tengo en distintos lugares de la tierra y podría poseer igualmente una flota de yates si no me bastasen los tres que están inmovilizados en los puertos, esperando años y años que se reanime mi deseo de correr el mundo... Lo único que John Baldwin no llegó á conseguir en toda su existencia triunfante, fué la duquesa de Pontecorvo.

—¡Oh, míster! ¿Quién podía imaginarse esto? —volvió á repetir la voz conmovida de la anciana

—Por lo mismo que no pude realizar esta ilusión, me ha acompañado siempre... No le diré, duquesa, que la he recordado á todas horas. Un hombre de mi especie necesita su tiempo para pensar y dirigir numerosas empresas y le queda breve espacio para sus preocupaciones sentimentales. Pero le juro que en los raros momentos de descanso, cuando evocaba el pasado y las ilusiones de la juventud, lo primero que surgía en mi memoria era el recuerdo de usted.

Yo también he vivido mi existencia. Fuí casado y amé á mi mujer tranquila y dulcemente, como á una compañera animosa. Pero usted ha sido la ilusión, el deseo no satisfecho, que nos sirve de estímulo para seguir adelante. Por eso mismo no quise buscarla cuando me vi triunfante. Ya era viejo entonces, y usted tampoco era joven. Sus hijos se habían casado; tenía nietos. ¿Para qué vernos?... ¿Para qué suprimir la única ilusión que quedaba en pie dentro de mí?...

Calló un momento, mientras la anciana le contemplaba con interés, haciendo un esfuerzo men-



tal para adivinar cómo habría sido el americano en los tiempos remotos de su juventud.

—¡Oh, míster Baldwin!—volvió á decir—¿Por qué no se dió usted á conocer entonces?

Pero el millonario, como si no la oyese, continuó el curso de sus pensamientos, expresándolos en voz baja.

—Nunca la hubiese buscado. Temía verla distinta á como era en aquellos tiempos... Ahora no importa que nos conozcamos. Ni usted es la mujer de entonces, ni queda en mí nada del Baldwin que habitaba un hotel mísero de París. Somos dos viejos que se sobreviven y hablan de dos muertos. ¡Si usted viese cómo la conservo retratada en mi imaginación!... No ha transcurrido el tiempo; no han cambiado las modas. Las mujeres, cuando no interesan, hacen reir por sus adornos grotescos cada vez que se las contempla en un retrato viejo. En cambio á la mujer amada se la ve siempre con el traje que vestía cuando la encontramos por primera vez, y aunque luego cambien las modas, nunca nos parecen tan interesantes como las de entonces. Yo veré siempre á la joven duquesa de Pontecorvo con

su amplia falda de crinolina, lo mismo que la emperatriz Eugenia y las otras damas elegantes de la corte imperial. No la puedo ver de otro modo. Aquella mujer, que ya no existe, fué amada como muy pocas mujeres lo han sido, por un pobre joven que murió igualmente. Y este amor tuvo el mérito del desinterés: fué un amor sentido por uno solo de los dos, y que nunca conoció el otro.

—¡Ah, míster Baldwin!—repitió la vieja con una voz temblorosa, como si fuese á llorar—¿Por qué no habló usted entonces? ¿Por qué no me dijo lo que me dice ahora?...

El hombre levantó los hombros. Tenía una noción más exacta de la realidad. Lo que ahora le parecía á la mujer un olvido imperdonable del millonario Baldwin, lo hubiese recibido entonces como la audacia inaudita de un extranjero desconocido, pobre y rudo.

Se había puesto el sol. Como últimos vestigios de su desaparición, quedó en las cumbres de los montes una mancha de rosa pálido. Sobre la sangre astral que empurpuraba el horizonte, empezó á temblar el astro vespertino. Por el lado de Italia el azul del cielo se mostró más intenso y

obscuro, siendo punzado á trechos por los fulgores de nuevas estrellas.

El viento de la montaña se había lanzado de las cumbres al mar, estremeciendo con una fría ondulación el jardín de la iglesia. La vieja señora, impresionada aún por las palabras de su acompañante, permaneció insensible á este cambio de temperatura, que en otro atardecer la hubiese hecho huir hacia su automóvil.

—¿Por qué no habló usted á tiempo?—repetía— ¿Por qué no me dijo entonces esas palabras tan interesantes?

El hombre volvió á encoger sus hombros. La ilusión estaba muerta desde hacía muchos años: casi una vida. Unicamente había hablado por la necesidad de confesarse que todos sentimos en ciertos momentos. Desde que encontró en Cap Martín á la duquesa, se propuso hacerla esta revelación, y tal vez por esto la había buscado en el jardín de la iglesia. Pero una vez descubierto el misterio, no había por qué recordarlo otra vez. La vida nunca remonta su curso. ¡Paz á los muertos!

La mujer, más tenaz en su sentimentalismo, no quería olvidar. Se agarraba con fuerza á

esta ilusión, como si así pudiera librarse de la muerte, que la iba arrastrando ya en su corriente.

Además, su vanidad femenil acababa de resucitar después de un letargo de medio siglo. ¡Oir estas palabras de amor á los ochenta años! ¡Y oirlas de la boca del hombre más poderoso de la tierra!...

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Baldwin tosió, visiblemente molestado por el viento frío que agitaba el jardín.

—Vámonos. Para nosotros empieza á ser peligrosa la permanencia aquí.

Luego miró con ojos duros la mancha de luz que aún doraba el horizonte.

—El sol se ha puesto. Volverá mañana; volverá siempre; ¡pero nosotros!...

La anciana se había apoyado en un brazo de él y empezó á caminar golpeando al mismo tiempo el suelo con su bastón.

No parecía entender las palabras de su acompañante, ni darse cuenta de lo que le rodeaba.

Seguía viviendo en el pasado. ¡Era tan dulce su contemplación!...

Se alejaron, bajando la cabeza ante las ramas

de los árboles, mientras una voz temblorosa seguía repitiendo:

—¿Por qué calló usted entonces?.., ¿Por qué no dijo cuando era tiempo lo que me dice ahora?...

FIN

